



Una Navidad más auténtica

por fr. FRANCESCO DILEO OFM Cap.

No será una Navidad como las demás. Aunque quisiéramos que se realizasen las mejores previsiones, seguramente estaremos obligados a limitar de alguna manera las ocasiones de alegría compartida que caracterizan de manera particular este período del año. En riesgo estará principalmente la dimensión del intercambio, no la de la alegría interior, que podremos volver a descubrir, paradójicamente, aunque nos encontrásemos en la tempestad de esta pandemia. Nos lo ha enseñado san Francisco en el inolvidable ejemplo llevado a su coloquio con fraile León para hacerle comprender cuál es la verdadera alegría: *“Vuelvo de Perusa y en una noche profunda llegó acá, y es el tiempo de un invierno de lodos y tan frío, que se forman canelones del agua fría congelada en las extremidades de la túnica, y hieren continuamente las piernas, y mana sangre de tales heridas. Y todo envuelto en lodo y frío y hielo, llego a la puerta, y, después de haber golpeado y llamado por largo tiempo, viene el hermano y pregunta: ¿Quién es? Yo respondo: El hermano Francisco. Y él dice: Vete; no es hora decente de andar de camino; no entrarás. E insistiendo yo de nuevo, me responde: Vete, tú eres un simple y un ignorante; ya no vienes con nosotros; nosotros somos tantos y tales, que no te necesitamos. Y yo de nuevo estoy de pie en la puerta y digo: Por amor de Dios recogedme esta noche. Y él responde: No lo haré. Vete al lugar de los Crucíferos y pide allí. Te digo que si hubiere tenido paciencia y no me hubiere alterado, que en esto está la verdadera alegría y la verdadera virtud*

y la salvación del alma” (FF 278). Exactamente, quien inventó el pesebre nos invita, pues, a descubrir los aspectos más escondidos, pero más auténticos de la fiesta de la Navidad que, más que otra cosa, nos habla de la alegría de un nuevo inicio. En esta circunstancia, en efecto, la Iglesia nos invita a que meditemos sobre el misterio de la Encarnación, evento en Aquel que es la Vida, en la plenitud de los tiempos, que ha asumido la forma humana, compartiendo nuestra vida. Si nos parásemos a pensar en el sublime acto de humildad realizado por el Creador que, por amor a nosotros se ha hecho criatura, no podríamos encontrar las palabras adaptadas a expresar la conmoción y la gratitud que sentiremos en nuestra alma. Si no estuviésemos tan distraídos por tantos atractivos y mundanos intereses, sabríamos coger el significado auténtico que emana del pesebre de Belén, de aquel Niño con frío, rodeado de la más extrema pobreza, pero calentado y hecho rico por el amor. De aquel Dios que, humanizándose, no se ha ahorrado ningún sufrimiento, ni siquiera los más atroces, y se ha hecho “obediente hasta la muerte y a una muerte de cruz” (Fil 2,8) solamente por amor. No sería una “verdadera alegría” vivir la Navidad separando el pesebre de la cruz. El primero señala el inicio, la segunda el cumplimiento de un único gran misterio: el de la redención. El misterio que, de la vida humana de Dios, ha hecho brotar la vida divina del hom-

bre. Este es el mensaje que emana del mosaico de la Natividad del padre Marko Ivan Rupnik, que se encuentra en nuestra Iglesia de San Pío, en el cual el Niño Jesús tiene un pantaloncillo y los brazos abiertos, como los del Crucifijo. Esto es lo que nos ha querido indicar el Papa Francisco en el Ángelus del 26 de diciembre de 2014: “La liturgia nos conduce al sentido auténtico de la Encarnación, uniendo Belén al Calvario y recordándonos que la salvación divina implica la lucha contra el pecado, pasa a través de la puerta estrecha de la cruz”. Dejémosnos guiar también por las sabias palabras de nuestro santo hermano Pío de Pietrelcina, que nos invita a orientar nuestro camino hacia la eterna felicidad, recorriendo la vía del Evangelio y nos exhorta: “Este celestial Niño, todo mansedumbre y dulzura, quiere infundir en nuestros corazones, con su ejemplo, estas sublimes virtudes, para que en el mundo despedazado y trastornado surja una era de Paz y de Amor. Él, desde el nacimiento, nos indica nuestra misión que es aquella de despreciar lo que el mundo ama y busca” (Epist. IV, p.1009). En esta Navidad, hagámonos y hagamos a las personas que queremos el regalo más importante: poner en el primer lugar el valor de la existencia, dejándonos inundar de aquella luz de vida que proviene del Omnipotente que ha elegido conquistarnos con la tierna mirada de un recién nacido. ▽

© derechos reservados